

engrandecida Palma por la navegación y el tráfico, introdujéronse en el aniversario algunas modificaciones, y lo que sólo era fiesta religiosa pasó á ser también cívica y público regocijo, y en esto se fijó la mayor atención del pueblo (a).

En la tarde del día 30 de Diciembre el són alegre de las gaitas, chirimías y timbales anunciaba la llegada del aniversario á los moradores, que respondían á su llamada abandonando sus tareas. Con gravedad y pompa salían los jurados á sentarse en público delante de las casas consistoriales y en el banco corrido que sirve de basamento cuando se hubieron edificado las que describimos, mientras se sacaba al palco ó balcón del primer cuerpo el asta del pendón de D. Jaime. El día 31 el frontispicio aparecía adornado con el cuadro del mismo rey y con los retratos de los hijos ilustres de Mallorca que sucesivamente han ido llenando la sala del consejo: de esta manera la alegre y pacífica muchedumbre, que así de la ciudad como de las comarcas vecinas acudía, miraba expuesta á la contemplación común una lección histórica, que en mudo bien que elegante lenguaje les decía las glorias de su país y la senda que á la santidad, al saber y á los honores conduce. Allí junto al estandarte real veíase el casco que ciñó el joven monarca sobre el fuerte almete ó sobre la enmallada capellina, y en cuya cimera un dragón batía sus alas erizadas de agudas puntas; y le hacían buena compañía alguna otra pieza de su armadura, jaeces de su caballo, el peto del walí almohade, y las capas de algunos caballeros (1). El cuerpo municipal volvía á ocupar el mismo asiento que en la víspera.

(a) Llamábase desde el siglo XIV la fiesta del *Estandarte*, de que era abanderado el jurado más joven de los dos del brazo de ciudadanos: acompañábanlo los gremios, dando á veces origen á disputas de precedencia. Esta cabalgata y la del día de San Juan prestaba ocasión á revistar dos veces al año los caballos armados, á fin de que no se descuidaran en tenerlos aprontados para defensa de la isla los poseedores de ciertas fincas.

(1) Las armas y los jaeces están en la Armería Real de Madrid (a).

(a) Sin que esto sea responder de su autenticidad.

Entre tanto el Maestre ó *Cap de Guayta* (a), acompañado de un fuerte destacamento de artesanos, ponía á la cadena los muchos esclavos que hasta muy entrado el siglo XVI hubo en Palma, ó suponía hacerlo cuando desapareció su uso; el veguer y el baile general recorrían á caballo las calles con gran séquito de caballeros, y ciertos unos y otros de que nada había de turbar el público sosiego, se dirigían á la plaza. La necesidad y el gran número de los vencidos, para quienes aquel día lo era de dolor y amargura, habían dado origen á aquel aparato guerrero; mas en los siglos más recientes, no existiendo ya tan considerables aquellas causas, las dos comitivas de los magistrados vinieron á ser el lucimiento y la animación del acto. Las casas de la nobleza que escoltaban al veguer y al baile sacaban ricas armaduras, y en las sobrevestas, divisas, veneras y arreos hacían ostentación de aquel lujo que hubieron de reprimir los mismos reyes; y cuando las armas de fuego hicieron inútiles las defensivas de la Edad media, un loable respeto á lo pasado indujo á los caballeros á ceñirse para la solemnidad las pesadas corazas, y á cubrirse con los acerados cascos y á embrazar los escudos de sus mayores. Los prohombres artesanos competían con ellos, ya que no en riqueza, en el aseo y buena compostura, que durante tanto tiempo distinguió á nuestros buenos menestrales y fué señal cierta de la comodidad y de la opulencia; y bien honraban al *Maestre de Guayta*, que vestido de ceremonia y empuñando su vara negra, en cuyos cabos se veían grabadas dos cruces, los iba capitaneando. Mas como, á medida que con la disminución de los esclavos perdió este cargo de su importancia, dejaron de ejercerlo las personas nobles que al principio lo desempeñaban con honra, no así grave y digna se presentó siempre esa comitiva, y aun modernamente ya no sirvió sino de repre-

(a) No debe confundirse el *Mestre de Guayta*, que era el jefe único de la ronda; con los *cap de guaytas* que eran muchos y empleados de policía, que hoy llamamos municipales.

sentación cómica y de solaz y vulgar divertimento (1). El pueblo, cuyo sentimiento poético rara vez deja de asirse á lo que en sus usos y tradiciones lleva el sello de la originalidad ó de un carácter local, individual ó destacado, púsole al *Cap de Guayta* el apodo de *El Señor Lluch de la Meca*, bien como derivado del cargo que le estaba encomendado; y tanto se aficionó á aquella parte la más animada y caracterizada de la fiesta, que sobre ella versaron las explicaciones con que interpretó la solemnidad, y aun hoy en día los ancianos que la refieren la llaman *Sa Colcada* (2), como haciéndola consistir toda en la cabalgata de la nobleza, y no titulan al oficial municipal sino con aquel apodo, ignorantes del verdadero nombre y significado que no aprenden sino con sorpresa y como con cierta duda. Al estrépito de las gaitas, timbales y chirimías entraban ambas comitivas en la plaza, que á su llegada cobraba animación y movimiento. Poníanse en pie y se descubrían los jurados; el veguer y el baile daban cuenta de su pacífica correría; y adelantándose *El Señor Lluch de la Meca*, hacía profundas reverencias y acatamientos al retrato del rey D. Jaime, saludaba en seguida á los jurados, y dirigiéndose al primero ó *en cap*, en

(1) El folleto titulado *Explicación de las funciones del día 31 de Diciembre, etc.*, (Mallorca, año de 1826), que tenemos á la vista, reprende con sobrada severidad este abuso, que explica en los siguientes términos: «Uno y otro empleo (*baile general y cap de guayta*) era de la mayor consideración, á pesar de haber llegado á ser este último tan ridículo y despreciable por las ridiculeces en que le han sumergido en tiempo, que la necesidad de su empleo ha llegado felizmente á ser de ningún momento (pág. 4.)...—(pág. 6.) Faltando progresivamente esclavos, se debilitó al mismo paso la respetable representación de este último empleo, y mucho más por haber recaído, á mediados del siglo XVIII, en un sujeto despreciable por su conducta bufonesca y ridícula é indecente, trastornadora de la seriedad del día y contraria á la que debía acompañarlo al presentarse á la vista del Magistrado, y más al estar éste colocado bajo del retrato del Monarca conquistador, pues que en vez de hacerles una respetuosa cortesía cual debido acatamiento, comenzó en ejecutar piruetas y tonterías las más ridículas, de modo que los artesanos que tenían en otro tiempo á grande honor el acompañarle, se miran hoy sonrojados de ser su comitiva y sustituyen á sí mismos á algunos otros personajes, y aun estos se presentan con capotes para ser confundidos con las demás personas de la función.

(2) Significa *La cabalgata*, del verbo catalán antiguo *colcar*, cabalgar.

alta voz le decía: «—Tranquila está la ciudad, asegurados y en cadenas quedan los esclavos.» Entonces era el tocar las trompetas y el romper un gozoso murmullo al desfilarse la magnífica cabalgata de los nobles, cuya gentileza, arreos, caballos y numerosa y brillante servidumbre se llevaban tras sí todos los ojos y todos los aplausos: allí era el caracolear los bridones, cuyos penachos ondeaban en confusión vistosa: allí también el hacer prueba de destreza y bizarría ante las damas mallorquinas, en todos tiempos celebradas por la gracia, en aquellos famosas por la suntuosidad de sus vestimentas. Pasaba á su vez el séquito del *Maestre de Guayta*; y en seguida los jurados sacaban el asta del pendón real y la fijaban en el centro de la plaza, quedando en su custodia los mayordomos y prohombres de los gremios. Entonces comenzaba la ceremonia del aniversario, la cual era una representación piadosa y patética del suceso que aquel día recordaba. Salían de la catedral en procesión el clero, las comunidades religiosas, el lugarteniente ó virrey y el cuerpo municipal, llevándose en pos de sí la muchedumbre que iba respondiendo á la letanía. La *Colcada* y la escolta de artesanos acompañábanla á trechos, y á trechos se desviaban de ella para rondar las calles. Abríale paso á la campiña la puerta apellidada por los árabes *Beb-Albelech*, después *Del Campo* (a); saludaban los muros del Temple, parte de los cuales tal vez presenciaron la fuga lastimosa de la desventurada población sarracena y el estrago de la entrada; y allí, bajo el inmenso dosel del cielo, delante de los torreones que no bastaron á frustrar el esfuerzo y la intrepidez cristiana, arrodillados todos al pie de un altar de antemano erigido, subía á lo alto en cántico imponente la *Salve Regina*, tierno y vivo recuerdo de los gritos repetidos de *Santa María! Santa María!* con que los guerre-

(a) La puerta *del Campo* no corresponde á la de *Beb-al-beled* por más que en arábigo signifique lo mismo, según llevo advertido ya pág. 108 y en otros pasajes de este libro, mejorando de dictamen.

ros catalanes y aragoneses invocaron la ayuda de la Madre de Dios en el duro trance del asalto.

¿Qué son nuestros festejos modernos sino vanas fórmulas ó fríos simulacros ante aquellas festividades nacionales, que conmemorando los tiempos en que bajo el estandarte de la Cruz se fué reconquistando á fuerza de siglos la España, mantenían y avivaban en todos el sentimiento religioso y el de nuestra independencia? El corazón no se apacienta ni se hinche de la mera pompa y artificio, y la sencillez más pobre es poderosa á conmoverlo profundamente cuando ella es un despertador de los sentimientos y tradiciones heredados y transmitidos de luengos siglos, que entonces prestan á cualquier acto interés, esplendor y gala: gran vergüenza para nuestros tiempos filosóficos que hasta tal punto se haya desconocido la condición humana, y que destruyendo los límites y la estabilidad que en todo necesita nuestro espíritu, se le haya despojado de sus más ricas ilusiones y cegado la fuente de sus goces más puros, al mismo tiempo que se ha falseado, si no conmovido, lo que al sostenimiento de la sociedad como parte muy principal contribuía. Así preparados los ánimos, seguía la procesión invocando el auxilio de la Reina de los ángeles; y al llegar á la puerta de Benalcofor ó Pintada (a), cerrada aquel día, la cruz de la catedral llamaba á ella con tres golpes, á los cuales se abrían de par en par entrambas hojas, á la manera con que hubieron de ceder con estrépito al religioso fervor é ímpetu de los cruzados. De allí, entonando el himno de gracias y alabanzas al Omnipotente, dirigíanse á una vecina puerta, por donde una no interrumpida tradición cuenta que entró el rey D. Jaime, y la cual han hecho inútil las fortificaciones modernas que delante de ella miran á la campiña. Los antiguos la llamaron del *Esvehidor*, que suena

(a) La moderna se entiende; porque hasta el siglo xvii llevó este nombre la antigua ó de Santa Margarita, que es propiamente la arábica de Beb-Alcofol.

asolamiento y estrago (1); los modernos la han puesto el nombre de la *Rinconada*, que cierto cuadra con aquel retiro al pie del convento de Santa Margarita y con la soledad triste del sitio; mas nunca ha perdido el título de *La Conquista*, con que es común en Mallorca señalarla. En aquella calle inmediata fué la postrer resistencia de los que no habían desamparado al walí Said-ben-el-Hakem: de lo alto de los voladizos bajaban los tiros inseguros de los que á su frente y á sus flancos veían brillar las lanzas aragonesas, mientras sonaban lastimosamente á sus oídos, haciéndoles cobardes, el lloro y el clamoreo miserable de sus deudos y de sus familias, que se despedían para siempre de su país natal é iban á buscar un asilo en las montañas. ¡Cuán otra ahora y cuán distinto espectáculo ofrecía! Á las ventanas y miradores se asomaban damas y doncellas gentilmente tocadas; decorábanse las casas con buenas tapicerías, con góticas alcatifas y damascos, y los que no podían sacar tales paramentos, alegraban y recreaban deleitosamente los sentidos con las plantas, ramos y flores que entretejidas en columnas y guirnaldas colgaban de las paredes. Despuntaba entre el regocijado movimiento el blanquísimo rebocillo de las payesas, y el traje de los campesinos á todos los grupos añadía originalidad y vistosidad armoniosas. El alegre murmullo, que se acrecía cuando la procesión entraba por la puerta de *La Conquista*, el cántico solemne del *Te Deum* que iban entonando los sacerdotes, la presencia de las comunidades, la de sus magistrados populares revestidos de sus largas gramallas, la comitiva del *Maestre de Guayta*, la lujosa cabalgata, el ondear de las plumas y cimeras, el resplandecer de las armaduras, el crujir de los jaeces dorados y de las veneras de oro, el tumultuoso sonar de las trompetas, gaitas, tambores y chirimías, á todos traían esparcimiento y regocijo, causando un bullicio y una animación que claramente

(1) Del verbo catalán antiguo *esvehir* ó *esvasir*, que significa conquistar, asolar.

decían con cuánto amor se entregaban los mallorquines á esa conmemoración solemne. Mas si durante esta travesía por la calle de San Miguel la pompa y el júbilo populares parecían oscurecer la función religiosa, bien como una manifestación del alborozo que por la supuesta entrada de los cristianos en la ciudad sentían, á poco otra ceremonia devolvía á la fiesta su carácter augusto, y también ella como las demás de la Iglesia en aquel día era uno de los más elocuentes y suaves recuerdos del pasado triunfo. En el templo de San Miguel comenzábase antes una misa á tal tiempo y de manera, que al entrar la procesión en el santuario estuviese próxima al canon: así el diácono de la procesión podía ayudar al celebrante á la elevación de la hostia y del cáliz; y si el lector trae á la memoria que apenas finido el estrago se consagró la mezquita principal al arcángel San Miguel, y que en aquella nueva iglesia se celebró por primera vez el incruento sacrificio, bien comprenderá que debía sentir el pueblo que ahora asistía á esta misa en medio de las conmociones del gozo, de la entrada, del movimiento y de la piedad, del mismo modo que los guerreros conquistadores que habían asistido á aquella primera, no borradas todavía las impresiones del combate y de la victoria. Por entre tal concurso y escoltada por ambas comitivas, cruzaba la procesión desde San Miguel hasta la plaza de Cort, y de allí á la catedral, donde por última vez la Iglesia volvía á hacer recordación del triunfo de las armas cristianas con una plática, en que el pueblo escuchaba la relación de toda la conquista, y aprendía cuánto debía agradecer á Dios y á honrar la memoria de sus antepasados. Entre tanto los jurados, al són de los ministriles y tambores, quitaban del centro de la plaza y encerraban el pendón real, mientras tal vez la cortesanía de la nobleza y de los ciudadanos hallaba medio de prolongar por la noche los festejos con las músicas y cantares, con los saraos y colaciones (a).

(a) Aun con haber soltado en esta conmemoración mi entusiasta amigo el

¿Por qué no se celebra ya ese aniversario con las públicas solemnidades que acostumbraron los antiguos? Ya no más cabalgatas ni aseadas comparsas de menestrales; no más paramentos ni enramadas; no más concurrencia y animación y músicas por las calles: la palabra funesta de la vanidad moderna, que cierto no la llamaremos nosotros filosofía, ha desvirtuado las ilusiones y las creencias, y maleando las costumbres y la primitiva sencillez ha hecho ó ridículos ó indiferentes los buenos usos de los mayores. Hoy la presunción del saber, común á todos aunque en poquísimos motivada, afecta no comprender la intención á la vez histórica y piadosa, ni el espíritu poético de aquella venerable ceremonia, ni su entusiasmador conjunto que tan poderosamente removía y agitaba la vida moral del pueblo, y que nunca jamás alcanzará á suplir la moderna cultura con ninguna de sus invenciones y reformas. Aquel era el pendón que guió la arremetida contra las huestes agarenas en las cumbres de Bendinat y de Burguesa; aquella el asta maciza que descolló en las batallas por la fe y por la reconquista de la patria; los guerreros que vinieron á la expedición aprendieron á reconocer con amor el alto dragón alado de aquel yelmo; la libertad volaba en torno de aquel cuadro, imagen del rey amigo de las ciudades, primer promovedor de los comunes en Aragón y Cataluña, bienhechor y padre de la universidad mallorquina, cuyo nombre aprendieron á pronunciar los labios de la infancia; las plegarias hechas á campo raso, á la luz del sol, delante de las murallas, al menos sensible enternecían y transportaban al tiempo del ataque; la entrada por la puerta de *La Conquista* aumentaba esa conmoción; la vista de la fábrica árabe de San Miguel, que subsistió hasta fines del siglo XIV, poníale el colmo,

dique á su pluma poética cuanto cristianamente filosófica, paréceme que es menester coronarla para cumplida satisfacción de los lectores con la imprescindible *Colcada* de D. Pedro Alcántara Peña que va en el apéndice, y resume en tan popular y admirable forma aquella costumbre, que si fuese capaz de caer en olvido, bastarían para hacerla inmortal sus estrofas.

como de monumento que había presenciado la lucha y la victoria, y pues hasta últimos del pasado se conservó el cáliz con que se había celebrado allí la primera misa, lugar hay á suponer que aquel mismo cáliz sirviese para renovar cada año la memoria de ella; y al fin el sermón predicado en la catedral grababa en el entendimiento de todos la historia de esa grande expedición, que oída todos los años formaba parte de la instrucción pública y como una tradición principal era transmitida por los padres á los hijos: admirable conjunto de patriotismo, religión y poesía, que ahondó fuertemente en el ánimo de las generaciones pasadas, y cuya relación aún embelesa á la presente (1).

Bien ha hecho la Iglesia en celebrar durante estos años dentro del santuario la memoria de aquel triunfo; bien ha hecho en guardar en su seno el precioso depósito, que no sin riesgo ni escarnio podía exponer á las miradas de los incrédulos. ¡Ay! ¿por qué ha de haberse roto la tradición en un pueblo tan bue-

(1) Tanto se arraigó la afición á esta fiesta ya tradicional en los ánimos de los mallorquines, que, aun omitiendo los restos que de ella perseveran y van indicados en el último párrafo del texto, hasta en una comedia que de la Conquista compuso en el siglo pasado un D. Miguel Bover y Ramonell (*) sale en el final el *Maestre de Guayta* y hace sus cortesías, y se habla de la iglesia dedicada á San Miguel. Es decir, que la fiesta en la opinión del vulgo vino á ser coetánea de la conquista, pues esto da margen á suponer aquel final extrañísimo que sólo así puede explicarse. Y como por otra parte él demuestra cuán absurdas habían llegado á ser las interpretaciones que el pueblo daba á lo del *Maestre de Guayta* y cuántos los abusos que las motivaban, permítasenos que lo copiemos:

Después de darse las manos el general moro Muza y la mora Luna, que se casan de *rondón* dice el Rey:

Rey. El Maestro de Guayta salga, nos dará la enhorabuena de esta conquista.	haciendo sus reverencias, cortesía á la italiana, y el rande-vú á la francesa.
Bermúdez (<i>gracioso</i>). Ya sale,	

Sale el Maestro de Guayta, y hace delante del Serenísimo Conquistador la misma función que hace todos los años el día 31 de Diciembre en la Plaza de Corte de Palma delante de los Regidores de la ciudad, tocando las chirimías ó la gayta según la antigua costumbre, etc.

(*) BARCELONA, en la imprenta y librería de la *Viuda Piferrer*, administrada por Juan Sellent, año 1792.

no y aun tan sencillo, que en medio de cuantas innovaciones introdujeron la revolución y la fuerza de los acontecimientos, conserva todavía el sello de las costumbres antiguas y su amor á los antiguos usos, y que ofrece sin saberlo un gran testimonio de su bondad y de su candor cuando para solemnizar las fiestas modernas cuelga el retrato del rey D. Jaime y los demás de los mallorquines ilustres en la fachada de las Casas Consistoriales, en cuyo banco mira entonces sentados á sus *Alcaldes y Regidores*?